

Los partidos de la Revolución: del Partido Liberal Constitucionalista a los albores del Partido Nacional Revolucionario

Pedro Castro Martínez*

Este artículo aborda la experiencia de los partidos políticos en México desde el fin del conflicto armado de 1910 hasta el surgimiento del Partido Nacional Revolucionario en 1929. Estos partidos fueron: el Partido Liberal Constitucionalista, el Partido Liberal Nacionalista, el Partido Nacional Cooperatista, el Partido Nacional Agrarista y el Partido Laborista Mexicano. A lo largo de este ensayo se demuestra que el desarrollo de estos partidos fue fundamental en la emergencia del partido de Estado, ya que fueron oficiales y en competencia, sirvieron para la formación de cuadros y aportaron una experiencia valiosa para la etapa siguiente.

Palabras clave: Revolución mexicana, partidos políticos, Plutarco Elías Calles.

La historia de los partidos políticos en México durante la primera mitad del siglo xx tuvo en la fundación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) ocurrida en 1929, uno de sus momentos estelares. Como se demostrará en este artículo, la clase política, con Plutarco Elías Calles a la cabeza, encontró en las experiencias históricas previas el material necesario para llevar al sistema político a una nueva etapa. Los partidos preexistentes fueron cruciales para hacer posible el partido oficial, o de gobierno, o de Estado, o hegemónico, según los calificativos

* Doctor en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, en la licenciatura en Ciencia Política y el posgrado en Estudios Sociales, línea Procesos Políticos. Premio a la Investigación de la Universidad Autónoma Metropolitana 2011. Correo electrónico: <leda58@prodigy.net.mx>.

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

que se le han adjudicado. En efecto, desde casi dos décadas antes, los jefes sonorenses –primero desde su Estado natal– apoyaron la formación de partidos como órganos legítimos de control y comunicación con la sociedad, en apego al credo democrático-liberal iniciado por Francisco I. Madero. Por sus características y naturaleza, el Partido Comunista Mexicano (PCM), fundado en 1919, quedó excluido de este proyecto por la hostilidad del gobierno hacia esta organización que se tradujo, desde luego, en su exclusión como actor del mundo partidario, amén de su nula participación en el proceso revolucionario.

La dinámica partidaria de los años anteriores formó líderes y grupos, si bien se realizaba en una especie de partidos semioficiales que nacían y funcionaban bajo la égida y amparo del Estado. En su momento, todos entraron en crisis, y sin excepción, chocaron con el jefe del Ejecutivo en turno, notablemente con Venustiano Carranza, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, cuando pretendieron zafarse de la dependencia de sus protectores estatales. Algunos partidos desaparecieron, como el Nacional Cooperatista (PNC) o el Liberal Constitucionalista (PLC), o se debilitaron al calor de las luchas políticas, como el Nacional Agrarista (PNA) o el Laborista Mexicano (PLM). Eran organizaciones más o menos “nacionales”, aunque se constituían y concentraban sus actividades en la ciudad de México y eran casi unos desconocidos en el interior de la república. Representaron la alianza civil que el régimen revolucionario necesitaba y su presencia fue notable dentro y fuera del Congreso, hasta ser barridos como parte de un sistema partidario colapsado.

El PNR fue producto de las insuficiencias, en términos de estabilidad, legitimidad y control, de los partidos en su conjunto. Debemos agregar a su proceso de fundación la puesta a punto de un antiguo proyecto de partido de las fuerzas afines al Estado posrevolucionario, dentro de su proceso de consolidación, frente a la resistencia de sus enemigos, notablemente la insurgencia católica, y de la amenaza constante de Estados Unidos. Por las limitaciones que representaban los partidos tradicionales que subsistieron –el PNA y el PLM– para el nuevo proyecto, los “ingenieros institucionales” del PNR acudieron a los partidos del interior, a los grupos y partidos pequeños, y a organizaciones de alcance regional. La idea fue, entonces, hacer un partido nacional respaldado por el Estado, “un partido orgánico”, como se decía en la época. Por otro lado, en principio el PNR fue el partido de los “revolucionarios”, y quedaron abiertas las puertas para que los “reaccionarios” hicieran su o

sus partidos, con lo que se constituyó un cuadro de democracia formalmente poco objetable.

La era de los partidos pre-PNR

A fin de construir una base de poder propia, como contrapeso frente a los poderes fácticos —el ejército y la Iglesia— los revolucionarios triunfantes, particularmente los sonorenses, favorecieron la creación y fortalecimiento de instituciones tales como sindicatos y organizaciones de masas. Los nuevos dueños del poder tenían una sensibilidad particular respecto a los grupos sociales emergentes y su éxito dependió en parte de la actuación frente a ellos y su habilidad para manejarlos. Procedieron a construir un régimen legítimo, y entre otras medidas, refrendaron el esquema de la democracia formal y sus contenidos, y elemento central del sistema, fue la existencia y operación de partidos políticos.

Primera etapa 1916-1922

Una vez terminada la contienda de revolucionaria, el presidente Carranza apoyó el surgimiento del PLC, que pretendía ser el partido “de los constitucionalistas”, es decir, de los triunfadores —hasta ese momento— de la Revolución mexicana. Se fundó el 25 de octubre de 1916 en la Casa de los Azulejos en la ciudad de México, y entre sus primeros adherentes pueden mencionarse a Álvaro Obregón, Cándido Aguilar —yerno de Carranza—, Cesáreo Castro, Alejo González, Roque Estrada, Ignacio L. Pesqueira, Eduardo F. Hay, Herminio Pérez Abreu, Rafael Zubarán Capmany, Manuel García Vigil, Rafael Martínez de Escobar, Antonio I. Villarreal, José Inés Novelo, Enrique Bordes Mangel, Eduardo Neri y Salvador Alvarado, entre otros (INEHRM, 1992b: 781-782).

Nacido para auxiliar al Ejecutivo a través del aseguramiento de la representación mayoritaria en las Cámaras, el PLC sirvió más a los fines de centralización del Estado que como representación popular; de aquí que tuviera una presencia dominante en la capital de la república, eje de la política nacional. El partido se cuidó de mantener una buena relación de lealtad con el presidente Carranza, aunque durante la asamblea constituyente de 1916-1917 en Querétaro, se inclinó por Obregón. Este

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

partido dominó la XXVII Legislatura, varios consejos municipales y gubernaturas, pero a fines de 1917, cuando se acercaban las elecciones para constituir la XXVIII Legislatura, el PLC se escindió entre una mayoría progubernamental a favor de Carranza, y los “minoritarios”, encabezados por el general Benjamín Hill y a favor de Obregón. Este distanciamiento se explica a partir de la brecha creciente entre las facciones carrancista y obregonista. Los primeros, dirigidos por el secretario de Gobernación Manuel Aguirre Berlanga, se constituyeron en el Partido Liberal Nacionalista (PLN), de corta duración, pero que logró liquidar el dominio *peleceano* del Congreso (Prieto Laurens, 1968: 379; Avent, 2004: 72-73).

La tendencia proobregonista del PLC se consolidó con la victoria de la rebelión de Agua Prieta en junio de 1920, pero el ánimo de Obregón respecto al partido ya no era el mismo de antes. Al parecer, en este cambio de ánimo pesaron las opiniones de Adolfo de la Huerta y Plutarco Elías Calles, en el sentido de que el PLC no era indispensable para los propósitos de los sonorenses. Así, en junio de 1919 Obregón declaró que si triunfaba en las elecciones del año siguiente, el PLC “no tendría la fuerza moral necesaria para enfrentarse con los problemas por resolver y conjurar los peligros.” Asimismo, fue ignorado por el caudillo cuando se “autodestapó” como candidato presidencial, lo que pareció no ser obstáculo para que de cualquier manera el PLC lo proclamara su candidato durante una reunión en el Teatro Colón de la ciudad de México en agosto de 1919. No obstante, la presencia del partido fue notable al año siguiente, cuando obtuvo la mayoría absoluta en el Congreso, logró el control del ayuntamiento de la ciudad de México y casi todos los del Distrito Federal, los gobiernos de Guerrero, Oaxaca, Tlaxcala y Zacatecas, y sus líderes Hill, Zubarán, Neri y Villarreal ocuparon carteras en el gobierno (Fuentes Díaz, 1969: 202-203). Sin embargo, la nunca bien aclarada muerte del general Hill afectó al partido, ya que era su principal intermediario y componedor de su causa ante el caudillo Álvaro Obregón.

El distanciamiento *peleceano* para con el gobierno de Obregón se inició cuando un grupo de obreros de los Establecimientos Fabriles, azuzados por el jefe del PLM y de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), Luis N. Morones, irrumpió en la Cámara de Diputados para pedir la aprobación inmediata de la Ley del Trabajo. Como resultado, la Cámara de Diputados entró en sesión permanente y acordó que Antonio I. Villarreal, José Inés Novelo y Enrique Bordes Mangel redactaran una queja al jefe del Ejecutivo, misma que fue entregada al

secretario de Industria, Rafael Zubarán, para que, a su vez, la pusiera en manos del presidente de la República. Al conocer la queja, el general Obregón elogió a los acusadores, y pidió que todos los miembros del partido se presentaran en Palacio Nacional. Así, el 18 de mayo de 1921 la dirección del PLC y casi un centenar de diputados y senadores asistieron al llamado del Ejecutivo (ASG, s.f.b).

Bordes Mangel leyó el documento en el que denunciaba “la invasión de una chusma” a la Cámara de Diputados y acusaba a los laboristas de ser los responsables. Obregón escuchó sin replicar la exigencia de despedir a Celestino Gasca del gobierno del Distrito Federal y a Morones de la gerencia de los Establecimientos Fabriles Militares. El caudillo mantuvo la calma y se retiró, no sin antes empeñar su palabra de que “se haría justicia”, pero en realidad el episodio le había causado un gran disgusto. Al tercer día los visitantes recibieron como respuesta un balde de agua fría. El Ejecutivo les señaló el peligro de acrecentar la influencia de los bloques políticos congresionales a costa de las prerrogativas reservadas a las otras ramas del gobierno. Asimismo, les habló del riesgo de que el país pudiera ser gobernado en cualquier momento por uno de esos bloques, “trastornado, de esa manera, el equilibrio de poderes” (Dulles, 1977: 123-124). En otras palabras, el caudillo rechazaba de plano cualquier exigencia, en el tono que fuera, de un partido en el que ya no confiaba.

Embarcados en un camino sin regreso de desafío al gobierno, el Congreso dominado por el PLC emitió un decreto el 21 de noviembre de 1921, en virtud del cual el control de los presupuestos de varias dependencias del gobierno pasaría de las manos del Ejecutivo al Legislativo. Eso no fue todo, ya que al mes siguiente el PLC presentó una iniciativa de reforma constitucional para crear un régimen parlamentario en México, su antiguo proyecto. La idea era que el presidente de la República fuera designado por elección popular, con un primer ministro y un gabinete designado por el propio Congreso, a partir de una terna propuesta por aquel (Fuentes Díaz, 1969: 205). Esta bizarra iniciativa fue, en realidad, una medida desesperada para detener la inminente caída del partido, que ya contaba con el favor presidencial. Sin una mejor idea, jugó a disminuir la estatura de Obregón, apostando a que el Congreso tendría el poder suficiente para reformar al Estado a favor del partido dominante. Como era natural, la respuesta no tardó en llegar: Obregón cesó de su gabinete a todos los *peleceanos*, al procurador gene-

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

ral de la República y a otros miembros que tenían puestos directivos en la administración pública.

El PLC se presentó a las elecciones para diputados federales, pero fueron excluidos de las llamadas Juntas Preparatorias y del Colegio Electoral (colectivo de partidos encargado de conducir el proceso electoral y calificar las elecciones, respectivamente), en una maniobra conducida por el PNC. El golpe definitivo contra el PLC en el Congreso, llegó cuando perdió la mayoría a favor de las coaliciones formadas por los demás partidos. Obregón recurrió a sus aliados de entonces, Jorge Prieto Laurens, Luis N. Morones y Antonio Díaz Soto y Gama, para que PNC, PLM y PNA, respectivamente, acabaran de una vez por todas con la hegemonía del PLC en el Congreso.

Aliados con el Partido Socialista del Sureste de Felipe Carrillo Puerto, formaron la Confederación Nacional Revolucionaria, cuyo primer logro fue arrebatarse al PLC el control de la Comisión Permanente del Congreso. A partir de ese momento este partido tuvo una vida virtual, y fuera de algunas de sus figuras más importantes —como Zubarán Capmany, Salvador Alvarado, Rafael Martínez de Escobar y Enrique Estrada—, la militancia y sus recursos desaparecieron. Detrás de esta situación estaba, como era de esperarse, la mano única del presidente Obregón. Los espacios dejados por los *peleceanos*, permitieron a los demás partidos expandir su poder.

El PNC fue fundado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia por Jorge Prieto Laurens, junto con Rafael Pérez Taylor, Fernando Saldaña Galván, Otilio González, Miguel Torner y Gabriel García Rojas, a fines de 1917 (Fuentes Díaz, 1969: 205). Su programa planeaba el fomento del cooperativismo como manera de solucionar los problemas económicos de México, así como la nacionalización de la tierra y la sustitución del ejército por guardias ciudadanas. Aglutinó a estudiantes, maestros, periodistas y pequeños empresarios, lo que le hacía un partido de la clase media, y no faltó quien lo viera como la reencarnación del desaparecido Partido Católico.

Después de persuadir al general Jacinto B. Treviño para que fuera su líder, el PNC compitió en las elecciones municipales de la ciudad de México en 1917, en una boleta común con algunos miembros del PLN. De modo más que sorpresivo, el PNC obtuvo la mayoría del Consejo Municipal. En las elecciones del ayuntamiento al año siguiente, se sumó ahora al todavía poderoso PLC, y a pesar de una disputa con el PLN, la

alianza ocupó definitivamente el Palacio del Ayuntamiento, apoyada por una multitud (Avent, 2004: 81). El PNC se entregó frenéticamente a la actividad electoral y creció con rapidez; luego se unió a la coalición sonorenses en su ascenso a la hegemonía nacional, lo que le dio una proyección que nunca había tenido. Ya sobre el PLC como primera fuerza política, en septiembre de 1922 los diputados cooperatistas formaron un número respetable en la XXIX Legislatura y fueron mayoría en la XXX, con lo que lograron el control tanto de la Cámara de Diputados como del Senado (Prieto Laurens, 1968: 117).

A fines del mismo año 1922, el PNC contaba con varios gobernadores: Francisco Ramírez Luque por Querétaro; José Guadalupe Zuno y Antonio Valadez Ramírez por Jalisco; César López de Lara por Tamaulipas; Arnulfo González por Coahuila; Francisco J. Mújica y Sidronio Sánchez Pineda por Michoacán; Antonio Azuara por Hidalgo; Abundio Gómez por el Estado de México; Antonio Madrazo por Guanajuato; Froylán *el Chato* Manjarrez por Puebla, y Ramiro Tamez por Nuevo León. La avalancha cooperatista parecía no detenerse, en su momento tendría en sus manos la presidencia municipal de la ciudad de México, el Poder Judicial y la Comisión Permanente del Congreso de la Unión.

En las elecciones municipales de diciembre de 1922, con Jorge Prieto Laurens como candidato a la alcaldía de la ciudad de México, los cooperatistas triunfaron de manera arrolladora. El caudillo no vio con buenos ojos este triunfo, porque ya advertía que Prieto, de apenas veintitantos años, podría convertirse con el tiempo en un rival peligroso. Confiado en la fuerza acumulada, el PNC decidió traspasar los límites en los que habitualmente operaba, si bien estaba lejos de ser un partido homogéneo, ya que en su interior había personajes que no compartían del todo los ímpetus prietistas como Emilio Portes Gil, futuro presidente de la República, Luis L. León y José Manuel Puig Casauranc. Una vez ganado el Congreso y su Comisión Permanente, los cooperatistas se propusieron controlar el Poder Judicial. Las instancias responsables de las designaciones judiciales se constituían de un mecanismo bicameral y el refrendo presidencial, incluidos los ministros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Como era de esperarse, el tema confrontó a la mayoría cooperatista con el presidente Obregón, decidido a ejercer sus facultades relativas al nombramiento de los jueces. Fue un desafío intolerable a su posición de autoridad, así que se dispuso a hacer que el partido volviera al redil, antes de que fuera tarde. Durante varias semanas los bloques de las cáma-

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

ras baja y alta debatieron sobre las candidaturas de jueces y magistrados, pero antes de que concluyera el proceso, el presidente intentó revertir los resultados obtenidos hasta ese momento. Enterado Prieto Laurens de la maniobra, y en una enérgica llamada de atención al Ejecutivo, se dispuso a ganarle la partida (Prieto Laurens, s.f.: 1775). Así, a pesar de los últimos intentos de los senadores oficialistas y del diputado Aurelio Manrique, reunidos en Congreso General el 31 de diciembre de 1922, la Comisión Permanente hizo la declaratoria de los jueces y magistrados electos, con la que resultaron triunfadores, por mayoría, los elementos de filiación cooperatista. Pero el presidente Obregón los desconoció de inmediato, resolvió no sancionar ni publicar el decreto del 28 de diciembre relativo a la elección de magistrados y jueces locales, y llamó a un periodo extraordinario de sesiones del Congreso, solo para proceder a la elección del Poder Judicial. El sustento legal de esta decisión fue la falta de concurrencia de los senadores a la Cámara de Diputados, y que la declaratoria de jueces y magistrados electos no había contado con el voto de las dos terceras partes del Senado ni con las firmas de ley. Prieto Laurens, recién nombrado alcalde de la ciudad de México, le contestó con dureza al jefe del Ejecutivo: “La actitud del Ejecutivo al desconocer la elección de jueces y magistrados hecha por el Congreso, la conceptúo verdaderamente ilegal, y puede considerarse como un verdadero golpe de estado al Poder Legislativo...” (*El Demócrata*, 1923).

Los cooperatistas resolvieron entonces impugnar la decisión, y ante la negativa reiterada del presidente, tomaron por asalto los juzgados de la ciudad y dieron posesión a los recién electos. Llegado el día de la apertura del periodo extraordinario, Obregón exhortó a los congresistas a rectificar, pero se encontró con que la mayoría ratificó la elección del Poder Judicial de diciembre de 1922 (*El Universal*, 1923). Obregón aceptó a regañadientes los resultados.

Antonio Díaz Soto y Gama —más conocido en los textos históricos como Antonio Soto y Gama—, fundó el 13 de junio de 1920 el PNA, en compañía de Rodrigo Gómez y Felipe Santibáñez. Como grupo político, sus orígenes inmediatos se remontaban a su unión con Emiliano Zapata. Una vez sacrificado el jefe en Chinameca, Soto y Gama se sumó al candidato de oposición Álvaro Obregón. Con el inicio de la etapa institucional bajo el gobierno de Adolfo de la Huerta, también daría principio una fase nueva en las actividades políticas del PNA. En su mejor momento contaba con las gubernaturas de San Luis Potosí, Vera-

cruz y Morelos, cuyos titulares eran respectivamente el profesor Aurelio Manrique, el coronel Adalberto Tejeda y el doctor Manuel Parres.

Soto y Gama fue una de las personalidades más destacadas de la política obregonista. Abogado nacido en San Luis Potosí en 1880, desde adolescente militó en el antiporfirismo de su Estado, donde pronto destacó por sus habilidades organizativas y oratorias. Aquí fundó con otros el Club Liberal Ponciano Arriaga y se suscribió al Partido Liberal (Mexicano) de Ricardo Flores Magón. Participó en el célebre Primer Congreso Organizador del Partido Liberal Mexicano el 5 de febrero de 1901, y en el Segundo Congreso del mismo partido un año después (*El Universal*, 1942). Aunque los líderes del PNA pertenecían a sectores profesionales, así como al pequeño comercio e industria, era un partido integrado por campesinos y para campesinos, enfocado a la solución de sus problemas. Soto y Gama así señalaba los orígenes de esta organización política:

Justamente preocupados [...] por el hecho de que todos los gobiernos, inclusive los de Madero y Carranza, habían retrocedido ante la reforma agraria, resolvimos fundar el Partido Nacional Agrarista a fin de ejercer presión sobre el Presidente Obregón para que hiciera efectiva dicha reforma. Convencidos, por otra parte, de que el artículo 27 de la nueva Constitución coincidía, en lo esencial, con el Plan de Ayala, decidimos adoptar como programa y norma para nuestras actividades el referido artículo 27, por considerarlo como desarrollo y complemento del Plan de Ayala, que había sido nuestra bandera de la revolución.

Y así las actividades de su partido:

De allí que nuestra labor consistió, desde luego, en organizar y excitar a los pueblos, por medio de circulares y de agentes, para que procediesen sin tardanza a pedir la restitución y dotación de ejidos; a la vez que les hacíamos ver que nosotros apoyaríamos, como constantemente lo hicimos, esas demandas de tierras ante el Ejecutivo y ante la Comisión Nacional Agraria. Agregadas estas gestiones a la labor intensa de propaganda y agitación que realizábamos desde la tribuna de la Cámara de Diputados, conseguimos que el general Obregón y su Secretario de Agricultura, Antonio I. Villarreal, iniciasen en debida forma el reparto de tierras a los pueblos en concepto de ejidos o terrenos comunales (ASG, s.f.a).

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

Los vínculos personales y políticos privilegiados entre Soto y Gama y Obregón se tradujeron en una asociación conveniente para ambos. El caudillo en un principio tenía dificultades para entender la situación de los campesinos indígenas del altiplano y del Sur; sin embargo, accedió a la necesidad de resolver uno de los problemas más graves del país, el fermento de la lucha de una década y cuyo potencial revolucionario se mantenía vigente. Ya como presidente electo, en una reunión con diputados agraristas en octubre de 1920, declaró estar de acuerdo con el reparto de tierras, así como en la forma de fraccionar las grandes propiedades rurales. Soto y Gama, sin duda animado por las posturas de Obregón, se encargaría de hacer avanzar el programa agrario desde el partido.

Según Soto y Gama, “Obregón se convirtió en un adalid del agrarismo y se enfrentó en firme con las dificultades de un problema ante el cual se habían detenido, vacilantes y medrosos, todos los gobiernos anteriores de la República” (*El Universal*, 1955). Activos a favor de su causa, en las elecciones de agosto de 1920 siete agraristas lograron escaños en el Congreso; pero ejercían una autoridad diez veces mayor que las que les correspondía de acuerdo a su número. En octubre, Soto y Gama fue segundo vicepresidente de la Cámara, y en diciembre dos agraristas fueron el primer y segundo vicepresidente. (Womack, 1971: 360). Siguiendo su experiencia del Partido Liberal Potosino de los primeros tiempos, el PNA sería el núcleo a partir del cual se formarían clubes vástagos a lo largo y a lo ancho de la República, en Morelos, San Luis Potosí, Guanajuato, Guerrero, Hidalgo, Tlaxcala, Durango, Chihuahua y Jalisco. Estas agrupaciones mantenían una relación de dependencia directa con el centro director de la ciudad de México, con excepción de los clubes de Guerrero y Puebla, que se agrupaban en torno al Partido Agrarista de Puebla y al Partido Agrarista del Sur. En la Secretaría de Agricultura, cuyo titular era el general Antonio I. Villarreal, se contaban además Gildardo Magaña, Miguel Mendoza López Schwertdfeger, Apolonio Guízar, Modesto Rolland y Vicente Ferrer, en diferentes comisiones de la dependencia, incluyendo la Comisión Nacional Agraria. Las demandas campesinas se procesarían a través de las comisiones agrarias nacional, estatal y local, en un entrelazamiento de intereses del presidente, los gobernadores de los Estados y los presidentes municipales y jefes locales, no siempre simpatizantes del reparto de tierras.

El presidente Álvaro Obregón cultivó buenas relaciones con Luis N. Morones, líder máximo de la CROM y el PLM. Nacido en 1890 en Tlalpan, Morones tuvo una presencia casi imperceptible en la Casa del

Obrero Mundial; fue dirigente de los trabajadores de la Mexican Light and Power Company y de la Mexican Telegraph and Telephone Co. Dirigente célebre por su extravagancia y ostentosa riqueza –portaba un anillo con un brillante de respetable quilataje y llegaba a las reuniones obreras en elegante vehículo con chofer–, ganó poder y fortuna gracias al patrocinio y la tolerancia oficial a cambio la docilidad de su organización hacia las políticas gubernamentales y patronales, aunque de tiempo en tiempo, sus ambiciones políticas resultaban preocupantes, entre ellas la de llegar a la Presidencia de la República.

El presidente Carranza, poco afecto al movimiento obrero, no pudo sustraerse al hecho de que Morones era un fenómeno inevitable, por lo que el mejor camino a seguir era atraerlo a la causa del Estado. Así, bajo su auspicio y a través del gobernador de Coahuila, Gustavo Espinosa Mireles, la CROM se fundó en mayo de 1918 durante el Congreso Nacional Laboral celebrado en Saltillo. La organización fue dirigida desde un principio por Luis N. Morones y su Grupo Acción, integrado por Ricardo Treviño, Ezequiel Salcedo, Celestino Gasca, Marcos Tristán, Eduardo Moneda, Samuel O. Yúdico y José López Cortés, entre otros. Desde un principio mantuvo vínculos solidarios con la American Federation of Labor (AFL) y su sempiterno líder Samuel Gompers, con la que constituiría la Federación Panamericana del Trabajo. A fin de conocer mejor la organización y funcionamiento del sindicalismo europeo, Morones realizó un viaje por el Viejo Continente en 1919, y a fines de ese año fundó el PLM, cuyo propósito fue apoyar la candidatura presidencial del general Álvaro Obregón y presentar candidatos a cargos diversos de elección popular (INEHRM, 1992a: 769). En su programa figuraban la protección de los derechos de la clase obrera, el impulso a la educación popular, la “mejoría de la clase media” y el otorgamiento de créditos a los agricultores, entre otros postulados. Autodefinido como el partido de los obreros, extendió su campo de acción a los campesinos, artesanos y trabajadores de diversos oficios, y tuvo como principal contrapunto al PNC en las ciudades y al PNA en el campo (Fuentes Díaz, 1969: 210). Los laboristas se unieron a la campaña de Obregón, a quien apoyaron al extremo de planear una huelga general en julio de 1920, en el caso de que no resultara elegido en los comicios frente al ingeniero Ignacio Bonillas. Al momento de la rebelión de Agua Prieta, Morones acompañaba al general Obregón en Chilpancingo, lo que revelaba cuán estrechas eran las relaciones entre los dos personajes. Una vez

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

iniciada la era sonorenses, Morones fue enviado a Estados Unidos, donde consolidó sus lazos con la AFL y su líder Gompers (Hansis, 1971: 268).

El PLM gozó de los favores gubernamentales, pero de lejos, no tuvo la fuerza política que pregonaba, excepto en el Distrito Federal y en algunos distritos industriales. Sus líderes tuvieron cargos importantes, como Luis N. Morones (Establecimientos Fabriles Militares); Celestino Gasca (gobernador del Distrito Federal); Eduardo Moneda (Junta de Conciliación y Arbitraje); Samuel Yúdico (asistente presidencial), entre otros. El gobierno también intervino para favorecer a Morones frente a otros sectores del movimiento obrero, particularmente los de filiación anarcosindicalista, como la Confederación General del Trabajo, que en más de una ocasión fue objeto de la represión estatal con motivo de huelgas y paros. Obregón, sin embargo, no cumplió su promesa de crear una Secretaría del Trabajo separada de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, ni realizó avances significativos en la elaboración de un código del trabajo.

Hasta antes de la rebelión de 1923, su fuerza radicaba en el Congreso, aunque en coalición con los otros partidos, como el PNA y el PNC, con los que formó alianzas efímeras y oportunistas. Por otra parte, la historia de las relaciones entre los dos “partidos de clase”, el PNA y el PLM, fue de breves encuentros y feroces desencuentros, siempre en un escenario de aprensiones y hostilidad mutua. Políticamente estuvieron unidos en la lucha contra la hegemonía del PNC en el Congreso, y luego en el llamado Bloque Revolucionario contra el llamado Bloque Confederado –constituido por partidos regionales que respondían a intereses de varios gobernadores–, cuando se integró la XXXI Legislatura, el 6 de julio de 1924 (Mac Gregor, 1997: 160-162).

Los laboristas fueron dados a excesos, como el ataque a la estación de bombeo que proporcionaba agua a la ciudad de México, en noviembre de 1922, que causó una escasez del líquido, de la que se buscó culpar al consejo municipal en turno, mayoritariamente *peleceano*, presidido por el cooperatista Manuel Alonso Romero. Se exigió su renuncia y sindicatos de filiación CROMista convocaron a una manifestación para repudiar la manera como se gobernaba la ciudad. Cuando cerca de cinco mil manifestantes se acercaron al Palacio Municipal, se produjeron detonaciones por armas de fuego provenientes del interior del edificio. La turba usó andamios como arietes para penetrar en el inmueble y derribó la puerta principal pero no logró tomar el inmueble. El saldo fue de 12 muertos y 60 heridos. El presidente Obregón no intervino ni se pronunció en este

conflicto, por lo que nadie fue castigado por los acontecimientos. Pero los electores de la ciudad de México depositaron su voto el domingo siguiente y le dieron la victoria a Jorge Prieto Laurens como nuevo presidente municipal (Hansis, 1971: 278-279; Prieto Laurens, 1968: 138-139).

Segunda etapa 1923-1924

El cooperatismo dominó la XXX Legislatura, posición lograda en las elecciones de julio de 1922 por encima de sus otrora aliados fugaces de la Confederación de Partidos Revolucionarios, el PLM y el PNA.¹ La alianza se rompió, y “laboristas y agraristas se acogieron desde un principio a una figura política fuerte y empezaron su tarea personalista, con una tendencia falsamente radical, mejor dicho demagógica, para inflar la personalidad que habría de convertirse después en el Pontífice Máximo” (Prieto Laurens, 1935: 4) En significativas palabras, así veía Prieto Laurens el futuro promisorio de su partido: “contando con una abrumadora mayoría en la Cámara de Diputados [el PNC], pensó en la expansión de sus dominios...; la revolución de 1923 había comenzado” (Castro, 1981).

Desde principios del año se sentía con mayor fuerza la carrera por la Presidencia, que tenía entre los más mencionados a Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta. El primero contaba con la anuencia del caudillo, y el segundo expresaba una y otra vez su rechazo a competir en las elecciones. Sin embargo, las cada vez más frías relaciones entre Adolfo de la Huerta y el caudillo, y la percepción de su cercanía con un sector de la clase política desafecta tanto a Calles como al presidente, lo excluyeron de la sucesión desde el ámbito oficial.

Hacia julio de 1923 era evidente que la lucha de los cooperatistas por extender su influencia empezaba a enfrentar serios obstáculos: las derrotas consecutivas durante las elecciones en varias entidades federativas así lo demostraban. Los descalabros se habían iniciado en Guerrero, cuando se intentó deponer al gobernador. Más tarde se dio la derrota en

¹ El Comité de la Confederación de Partidos Revolucionarios estaba integrada por delegados de los tres partidos de la alianza. Por el PNC, Juan Manuel Álvarez del Castillo, Roque González Garza, Gustavo Arce y Mariano Samayoa; por el PLM, Samuel O. Yúdico, Ezequiel Salcedo, Juan Rico y Fernando Rodarte; por el PNA, A. Santibáñez, Rodrigo Gómez, Antonio Díaz Soto y Gama y A. Magaña. De acuerdo a este pacto, cada grupo presentaría candidatos a diputados en distritos separados (Prieto Laurens, s.f.: 1771-1772).

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

las elecciones de Tlaxcala y luego la sufrida en las elecciones de Colima. Aquí el candidato cooperatista, coronel Pedro Torriz Ortiz, preparó un frustrado golpe de mano contra el gobernador Miguel Álvarez García, quien con el apoyo de la legislatura estatal solicitó la protección militar del gobierno federal, que le fue otorgada (NAW, 1923). Una derrota muy sentida fue la de Nuevo León, cuando Aarón Sáenz, candidato cooperatista a la gubernatura estatal, se apresuró a declararse vencido en las elecciones. Ante la reducción de los espacios del partido, sus líderes consideraron que las elecciones de San Luis Potosí eran un asunto de vida o muerte política para el PNC, abiertamente distanciado de Obregón.

Prieto Laurens, en ese momento todavía de filiación callista, acompañado de Luis L. León, se dirigió a Soledad de Mota para “estudiar el conflicto electoral de San Luis Potosí” (Prieto Laurens, s.f.: 1778). La versión de Alonso Capetillo fue otra: Calles habría ofrecido ayudar a los cooperatistas a ganar San Luis Potosí, a cambio del apoyo del PNC a su candidatura y de los partidos potosinos locales Liberal Republicano, Liberal Obrero y Cooperatista Potosino. A su regreso a la ciudad de México, en las oficinas del PNC y ante 200 personas, “el líder cooperatista hizo pública, enérgica y entusiasta profesión de fé callista” (Capetillo, 1925: 33-34). Pero convencido de que Calles compartía la hostilidad de Obregón hacia el cooperatismo, Prieto convocó a sus compañeros a encontrar un nuevo candidato, en la persona de Adolfo de la Huerta. A partir de ese momento se impulsaron los trabajos en ese sentido, pero el secretario de Hacienda se negó a aceptar la candidatura. Para entonces, callistas y delahuertistas ya chocaban abiertamente al interior del partido.

En el primer bando se ubicaban Emilio Portes Gil, Ezequiel Padilla, José Manuel Puig Casauranc, Romeo Ortega y Luis L. León, y en el segundo, Salvador Franco Urías, Martín Luis Guzmán, Juan Manuel Álvarez del Castillo y Gustavo Arce, entre otros. El 1 de septiembre de 1923, en ocasión de la apertura de las cámaras y el Informe presidencial, se dio un paso más en la escalada de enfrentamientos entre el PNC y el general Obregón. Jorge Prieto Laurens, en medio de los conflictos electorales en San Luis Potosí, resultó nombrado presidente de la Cámara de Diputados, y como tal, contestaría el informe anual del Ejecutivo. Contrariando la vieja costumbre de que el replicante al informe enseñara el texto al presidente antes de su lectura, Prieto se volvió invisible ese día para el Estado Mayor Presidencial, hasta aparecer en la cámara baja.

Según la agenda, Obregón debía presentarse a las cuatro de la tarde, pero daban las cinco y no llegaba. Ya instalado en su lugar, a Prieto se le avisó que el general Obregón no concurriría a la apertura de las cámaras si antes no hablaba con él. La respuesta de Prieto fue que si el Ejecutivo no asistía a la Cámara de Donceles, se levantaría un acta conforme a la Constitución, en la que se informaría de la actitud del presidente de la República y se cerraría el periodo ordinario de sesiones (Prieto Laurens, s.f.: 1778). La advertencia surtió efecto, pues Obregón, de mala gana, se presentó pasadas las cinco, seguido por los secretarios de Estado. El presidente entonces leyó su informe y al terminar escuchó la respuesta del presidente del Congreso. Prieto Laurens ponderó el desempeño de Adolfo de la Huerta, hizo insinuaciones de que la administración obregonista pensaba imponer al próximo presidente de la República, y advirtió que la paz dependía del respeto al sufragio efectivo (Dulles, 1977: 170).

El 11 de septiembre, el PNC inició formalmente sus trabajos en favor de la candidatura de Adolfo de la Huerta para la Presidencia de la República. Mientras tanto, los problemas electorales de San Luis Potosí y Nuevo León entraron en crisis. En este último estado, los diputados partidarios del cooperatista Alfredo Pérez ocuparon el Congreso local y los del general Porfirio González, el pórtico del Palacio de Gobierno. La violencia creció en la capital regiomontana luego que estos últimos intentaron apoderarse del salón de sesiones del Congreso local, en una acción armada que arrojó una cifra indeterminada de muertos y heridos (Taracena, 1962: 111 y 113).

El 5 de agosto en San Luis Potosí se habían llevado a cabo elecciones para gobernador, en un clima crispado, con una abstención significativa, por el miedo de los ciudadanos de sufrir algún ataque. Las primeras noticias sobre los resultados se inclinaban por el triunfo cooperatista (AGN/FOC, 1923c). Por su parte, el todavía presidente del PNC, Emilio Portes Gil, comunicó al presidente Obregón el “triunfo total” de Prieto Laurens (AGN/FOC, 1923a). Una cosa quedaba clara, el voto minoritario pertenecía al agrarista Aurelio Manrique, pero sus seguidores no dieron su brazo a torcer (AGN/FOC, 1923b).

El 20 de noviembre, Prieto Laurens declaró abierta la Gran Convención General Extraordinaria del PNC en el Teatro de la Ópera. Tres días después, el general José Villanueva Garza, allegado al general Guadalupe Sánchez, ofreció la candidatura de su partido a don Adolfo, quien la aceptó, al igual que la plataforma política que acababa de ser aprobada

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

por el partido. Este fue el capítulo final de una serie de incidentes que incluyeron la renuncia de Adolfo de la Huerta a la Secretaría de Hacienda, las acusaciones de Obregón —a través del nuevo titular de la cartera, ingeniero Alberto J. Pani— de malversación de fondos, cuya respuesta en la Cámara de Senadores fue la defensa puntual de la gestión del exfuncionario y una crítica a la administración presidencial de Obregón. A partir de este momento, Adolfo de la Huerta, quien reiteradamente se había negado a ser candidato oficial a la Presidencia, quedaba como candidato de la oposición, aglutinador de los desafectos al obregonismo y al callismo, tanto civiles como militares, si bien estaba claro que, dada la hostilidad y los recursos del gobierno, su triunfo sería imposible. Activísimo en esta maniobra fue el dirigente del PNC, Jorge Prieto Laurens, quien calladamente preparaba la segunda parte de su plan, que era una nueva insurrección, y buscaría convencer a Adolfo de la Huerta de que fuera la cabeza visible. Después de una breve y errática campaña, el candidato de la oposición se dirigió al puerto de Veracruz, y el 4 de diciembre, a escasas dos semanas de la designación cooperatista, apareció como jefe supremo de la rebelión que llevó su nombre.

El PNC se hirió de muerte a sí mismo al comprometerse en el alzamiento. Mantenía, sin embargo, su importante posición cameral, aunque ahora sin el liderazgo de Jorge Prieto Laurens, embarcado en la aventura armada. Sometidos a fuerte presión, muchos cooperatistas desertaban a diario, huyendo del inevitable desastre. El último capítulo de existencia del partido incluyó el asesinato del senador Francisco Field Jurado cuando la discusión y aprobación en la cámara alta de los llamados Acuerdos de Bucareli, más específicamente, la Convención General de Reclamaciones, firmada con Estados Unidos. La muerte de Field acabó de destruir al partido, y como se demostró, involucró al senador Luis N. Morones, quien presumiblemente fue el autor intelectual del crimen. Su privilegiada posición política, en especial su cercanía a Obregón y Calles, le libró de cualquier responsabilidad de los hechos, pero por tratarse de un crimen artero con sensibles implicaciones, sobre todo para el presidente, le valió una llamada de atención que, a su vez, marcó el inicio de lo que sería un distanciamiento del Ejecutivo.

El PNA apoyó al gobierno contra de la rebelión delahuertista, acontecimiento al que de alguna manera no fue ajeno. De hecho, precipitó el rompimiento entre la clase política revolucionaria, a raíz de las circunstancias ocurridas en San Luis Potosí en torno a la disputa entre Jorge

Prieto Laurens y Aurelio Manrique. Una vez conocido el estallido rebelde en Veracruz en diciembre, el PNA lanzó un importante manifiesto “a todos los campesinos de la República”. En él se explicaba que en el campo de batalla aparecían dos tendencias: una reaccionaria, empeñada en sostener los privilegios de los grandes terratenientes, usurpadores de tierras, montes y aguas de los pueblos, y la propiamente revolucionaria, dedicada a hacer respetar los derechos de esas colectividades. Hizo puntual recuento de la campaña electoral en San Luis Potosí, que alcanzó un alto grado de violencia, en la que Prieto Laurens habría hecho declaraciones favorables a los hacendados y contra Emiliano Zapata y Saturnino Cedillo. A De la Huerta se le acusó de erigirse en campeón de la candidatura de Prieto, al grado de romper con el presidente. Para el PNA, De la Huerta era la cabeza visible de la contrarrevolución, preparada en las sombras por los hacendados y sus cómplices. Según el manifiesto, la aceptación de la candidatura de don Adolfo a la Presidencia era una sola manera de ganar tiempo para preparar sus elementos. Atacó al general Guadalupe Sánchez, a quien calificó de “militar inveterado” que se dio a conocer como “perseguidor de revolucionarios, asesino de agraristas e instrumento infame de los hacendados y de los españoles de Veracruz”. Todos los personajes mencionados, además del general Enrique Estrada, constituían “un ciclo cerrado de traidores a la Revolución”. Y hacía un fuerte llamamiento a la defensa de Obregón: “Y si el gobierno llegare a necesitar el concurso de los campesinos para castigar el crimen de los nuevos reaccionarios [...] estamos seguros de que todos los campesinos de la República, sin faltar uno solo, estarán dispuestos a empuñar las armas que la Nación les ofrezca para la defensa de las conquistas revolucionarias” (*El Combate*, 1923: 1).

De las palabras pasaron a los hechos. Durante el Segundo Congreso de Campesinos de San Luis Potosí, que dio inicio el 1 de enero de 1924, Felipe Santibáñez presentó una iniciativa que invitaba a los campesinos del país, “que han recibido o están por recibir restituciones o dotaciones de ejidos conforme a los postulados revolucionarios”, a cooperar con el gobierno contra los rebeldes que “amenazan entregar a los hacendados que los detestarán [sic] con el pretexto de que no se les ha indemnizado su valor”. Convocó a los campesinos a reunirse en juntas, dentro de cada poblado, a fin de ver cuál era la cooperación que cada uno de ellos podía dar en la organización de tres fuerzas armadas: Ejército de Línea, Fuerzas Locales y Defensas Ejidales. Los que estuvieran dispuestos a combatir al enemigo donde se encontrase, se dirigirían al jefe de Operaciones Militares, general

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

Saturnino Cedillo, para seguir a la ciudad de San Luis Potosí, donde el general Plutarco Elías Calles tenía su cuartel. Esta iniciativa fue aceptada por unanimidad de votos, pero con las condiciones siguientes: que los individuos participantes en el Ejército de Línea constituyeran unidades homogéneas y que fueran mandados por jefes conocidos y de confianza. Por otro lado, una vez dominada la situación, los participantes tendrían derecho a la propiedad de las armas, “para seguir las empleando más tarde en la defensa de sus ejidos”. Los generales Cedillo, Lucero y Praxedis Olvera comandaban “fuertes contingentes” que suplieron a las fuerzas del general Luis Gutiérrez y que fueron utilizados para la campaña contra los rebeldes de Nuevo León y Guanajuato. El diputado local Graciano Sánchez, por su parte, reunió 400 hombres listos para entrar en campaña contra el general Marcial Cavazos. San Luis Potosí proporcionó 1400 caballos, de los cuales 600 fueron enviados al frente de Jalisco. Trescientos cincuenta miembros de la infantería agrarista se pusieron bajo las órdenes de la Jefatura de Operaciones del valle de México y 150 en la escolta del presidente Obregón. El contingente organizado por los miembros del PNA de Puebla ascendió a un total de 4156 hombres. El PNA, en sesión del 12 de enero de 1924, creó el Departamento de Acción Militar, y designó al licenciado Octavio Paz y al general Leopoldo Reynoso Díaz para encargarse de su organización y funcionamiento (*El Combate*, 1924b).

Al amainar la rebelión delahuertista, el PNA reanudó su campaña de apoyo en favor del general Plutarco Elías Calles, a la vez que lanzaba candidatos al Congreso. Entre ellos destacaban el mismo Soto y Gama, por Cerritos, San Luis Potosí; el doctor Ángel G. Castellanos, por Camargo, Chihuahua; Rodrigo Gómez, por Cuencamé, Durango; Alberto Terrones Benítez por Tepehuanes, Durango; Francisco R. Mendoza, por Huejutla, Hidalgo; José J. Reynoso, por el Distrito Federal; Leopoldo Reynoso, senador por el Distrito Federal; Luis Méndez, por Zamora, Michoacán; Lauro G. Caloca, por Tlalnepantla, Zacatecas, entre otros (*El Combate*, 1924a: 4). El PNA consiguió cerca de 30 diputados y 12 senadores durante la XXXI Legislatura, en alianza con el laborismo y otros grupos.

Tercera etapa 1925-1929

Una vez con Plutarco Elías Calles en la Presidencia, las relaciones entre el PNA y el gobierno vinieron a menos. El tema del desarme de las milicias

campesinas provocó el disgusto del partido, sobre todo cuando los jefes de operaciones militares en varios estados, muy particularmente en Puebla, emprendieron acciones tendientes a recoger las armas a los agraristas. El PNA protestó por los sucesos, señalando el derecho constitucional de los campesinos de poseer un arma para defensa de sus intereses y de la tierra. A la postre, para evitar la violencia y los abusos de autoridad, que fueron situaciones corrientes durante el desarme, el PNA giró instrucciones a sus agremiados a que entregaran pacíficamente solo las armas que no les pertenecían, no así las de su legítima propiedad (*El Combate*, 1926: 1).

Derrotada la rebelión delahuertista y liquidado el PNC, los únicos partidos que quedaron en pie fueron el Agrarista y el Laborista. Aunque unidos circunstancialmente en el Congreso, sin enemigos la alianza perdía su razón de ser. Una nueva disputa se inició como resultado de los intentos de la CROM de extender su influencia al sector campesino, lo que se tradujo en un fuerte choque con el PNA.

La historia de la CROM en la organización de los campesinos, a pesar de todos sus esfuerzos, fue un fracaso. Ya en sus documentos fundamentales se advirtieron falsas “preocupaciones” respecto al trabajador del campo (“La clase desheredada solo encontraría su manumisión en la descentralización de la propiedad de la tierra”); tareas carentes de realismo (“colaboración con el gobierno si necesitaba de su cooperación moral y material para llevar a cabo los propósitos políticos en materia agraria” o “la formación de una Cooperativa Central de Crédito Obrero y Agrícola”) y, en general, un basamento más que endeble respecto al trabajo con ese sector de la población (Rivera Castro, 1983: 69-70). En el plano de los logros en esta materia, la CROM logró escasa penetración en algunos puntos de la república, contenida por el PNA y las Ligas de Comunidades Agrarias. Pero cuando el presidente Calles ascendió a la Presidencia y nombró a Luis N. Morones su secretario de Industria, Comercio y Trabajo, este y los suyos adquirieron nuevos bríos para invadir los espacios que tradicionalmente pertenecían a los agraristas. En mucho ayudaron a prender el fuego las iniciativas referentes a las cuestiones agrarias aprobadas en la VI Convención de la CROM, que despertaron rumores acerca del inminente rompimiento entre los laboristas y el PNA (*El Combate*, 1925b: 2). Más significativo aún fue lo ocurrido en el seno de la Convención Agraria Zacatecana en Jerez, en abril de 1925, cuando Morones arremetió contra el PNA y sus líderes. Hizo, además, un llamado a los trabajadores zacatecanos a buscar “la solidaridad, la cooperación y la fraternidad entre

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

las masas”, y el acuerdo de organizaciones obreras y campesinas de integrarse en una sola federación estatal, lo que provocó las hostilidades entre los únicos dos partidos de México (Rivera Castro, 1983: 72).

El pleito entre el PNA y el PLM alcanzó un punto sin retorno a raíz del llamado Primer Congreso de Campesinos del Estado de México, convocado por la CROM con el discreto apoyo del presidente Calles y el gobernador Carlos Riva Palacio en favor de las ambiciones presidenciales de Luis N. Morones. El objeto de ese congreso realizado en el Teatro Olimpia de la ciudad de México fue “independizar” al Partido Agrarista del Estado de México para así sustraerlo del control del PNA y luego unirlo a la CROM. Los líderes agraristas no fueron invitados, “solamente los incondicionales de Morones y algunos tráfugas [sic] del agrarismo”. El plan del moronismo era conseguir el apoyo de las agrupaciones agraristas del Estado de México y Durango, a fin de dar visos de legalidad a una magna convención de campesinos capaz de darle un golpe mortal al PNA. La convocatoria fue redactada en términos tales que no despertara suspicacias excesivas, y la presencia de los secretarios de Agricultura, Luis L. León, y de Educación, Juan Manuel Puig Casauranc —el primero hablando del patrimonio de la familia y el segundo, de la ciencia y el progreso— le daban un respaldo oficial poco disimulado al acto. Pero hubo grupos de campesinos que exigieron la presencia de Soto y Gama y de Rodrigo Gómez, y cuando estos se presentaron, fueron recibidos por una larga ovación que interrumpió por unos minutos el discurso de Luis L. León. Acto seguido, Soto y Gama puso al descubierto los fines que perseguían los organizadores del Congreso: desmembrar al PNA, sustituyéndolo por agrupaciones agrarias “autónomas” de todo el país, así como comprometer a los campesinos en favor de Morones. Fue muy claro: “ya se perfila la candidatura del señor Morones apoyada por el Partido Laborista y por la CROM; los agraristas, los campesinos, sostendrán la candidatura de Obregón”. La parte más espectacular fue cuando evocó la figura del caudillo y pidió a los campesinos que puestos de pie dieran un “viva” para el “glorioso manco”, como homenaje que llegara hasta Náinari. Hizo muy clara su profesión de fe reeleccionista: “¿Tendría gusto el pueblo del Estado de México de ver al general Obregón nuevamente en el poder”. Un “sí” general fue la respuesta, y agregó: “Yo cuidaré de que Obregón vuelva nuevamente al poder al terminar su gestión el general Calles, porque de lo contrario la Revolución fracasaría”.

El oportuno discurso de Soto y Gama hizo abortar antes de tiempo la mencionada convención, y con ello, dio un golpe seco a las pretensiones presidenciales de Morones. Don Antonio, en pie de guerra, ya no le daría tregua a Morones. Durante una discusión en la Cámara sobre el proyecto de la Ley Reglamentaria del artículo 123 constitucional, en el punto relativo a la representación de los trabajadores en los contratos colectivos arremetió en una brillante alocución contra la CROM por su intención de sindicalizar a todos los trabajadores del país, para después presentarlos como votantes en favor del líder laborista a la Presidencia de la República (*El Combate*, 1925a: 3; *El Universal*, 1925: 1).

Hacia marzo de 1927, “estando ya relativamente próxima la campaña electoral para la Presidencia de la República”, el PNA difundió una circular de apoyo a la candidatura de Obregón “para garantizar la continuación y el afianzamiento de la reforma agraria”. El texto señalaba que Obregón era quien más satisfacía al partido, pues durante su gestión presidencial había sido posible que a millares de campesinos y pueblos se les restituyeran las tierras arrebatadas durante el régimen porfiriano. El PNA enfatizaba que habían sido las organizaciones agraristas las que decidieron la victoria obregonista contra el delahuertismo en 1923. Desestimaba la fórmula política de la “no reelección”, puesto que “no puede ya tener en 1927 el mismo sentido que en 1910, al estallar el movimiento revolucionario que dio al traste con la dictadura burguesa de Porfirio Díaz”. A reserva de convocar en su oportunidad a una gran convención del PNA, el Comité Directivo quería “dar a conocer, desde luego, al C. Obregón la respuesta de los elementos agraristas a esta propia circular, para que norme su conducta y pueda decidir en su oportunidad si, como lo esperamos, se resuelve a ofrecer de nuevo a la causa de la Revolución su contingente de fe, de saber y de entusiasmo por la reforma social que perseguimos” (ASG, 1927). Para el potosino, la vuelta del general no constituía una reelección:

Hay reelección propiamente dicha, cuando el encargado del poder prepara y arregla su propia elección para el siguiente período, valiéndose al efecto de todos los medios de influencia alguno, su propia candidatura. Pero no puede hablarse fundamentalmente de reelección, cuando entre las dos elecciones se interpone un período de cuatro años, durante el cual el candidato se mantiene alejado del poder, en tanto que otros hombres, algunos de ellos con tendencias y aspiraciones opuestas a las suyas, tienen el campo abierto para

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

desarrollar libremente toda clase de actividades políticas, aun valiéndose de los puestos públicos que ocupan (*La Vanguardia del Sureste*, 1927).

Luis N. Morones, seguro de las promesas de Calles de sucederlo, no ocultaba su hostilidad hacia las pretensiones del general Obregón de regresar a la Presidencia.² Fiel a la alianza tejida años atrás con Obregón, Soto y Gama apoyó resueltamente a su viejo amigo, a quien acompañó con frecuencia durante la campaña y pronunció discursos como orador oficial. La altura mayor de esta cooperación se dio cuando el candidato presidencial visitó la ciudad de México el 24 de julio de 1927, y tuvo lugar una importante manifestación organizada por el PNA y otros de filiación obregonista. En todo momento, el candidato tuvo al lado a Soto y Gama y a Manrique, entre otros.

El presidente electo Obregón exhaló su último aliento en La Bombilla en julio de 1928. Muy cerca de él estaba Soto y Gama. La sospecha de un crimen ordenado desde Palacio Nacional surgió desde el primer minuto, y obregonista acendrado como era, el potosino honró a su manera la memoria de una larga amistad. Dadas las malas relaciones con Morones y con el presidente Calles, la colisión entre el PNA y el gobierno era inevitable. En una entrevista con el diario estadounidense *The World*, Soto y Gama sentenció: “No hay hombre, mujer o niño en México que crea los cargos oficiales de que el clero católico inspiró el asesinato del presidente electo Obregón. El clero se dirigió al general Obregón para arreglar la cuestión religiosa. *El autor intelectual del asesinato del general Obregón fue Luis N. Morones*”. Lo acusó de anunciar el asesinato en un discurso del 30 de abril, cuando afirmó que Obregón nunca tomaría posesión del puesto, y de haber propiciado un ambiente de odio hacia el candidato. Soto y Gama y Manrique organizaron una manifestación relámpago, en la que denunciaron a Morones como el asesino, que debía ser eliminado de la vida pública o la responsabilidad

² En un abierto desafío a la tradición política del momento, el obregonismo logró el cambio constitucional necesario para la reelección presidencial de su jefe. El motivo expreso fue la vuelta del caudillo a la Presidencia “para consolidar su obra iniciada en 1920”. El motivo personal que podemos deducir es un propósito esencial de poder y de ganancia económica a partir del control del Estado. La *clique* obregonista hizo su papel en animar y apoyar las pretensiones del sonorenses, ya que ella misma compartía las utilidades de todo tipo derivadas del poder. El proceso hacia la Presidencia en un principio fue suave, aunque paulatinamente adquirió características cada vez más bruscas y violentas, sobre todo ante las inquietudes generadas por el lanzamiento de los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez a la disputa por la silla presidencial.

del magnicidio recaería sobre el mismo presidente Calles. Ante 400 delegados de las organizaciones obregonistas, afirmó: “Nosotros estamos por la paz, pero por una paz basada en la justicia”, y demandó la eliminación de todos los líderes laboristas del gobierno, la integración de la nueva legislatura por obregonistas y la designación de un presidente provisional de esta filiación (*The World*, 1928).

Huelga decir que la responsabilidad atribuida a Morones se dirigía, en última instancia, a Calles, a quien la voz popular señalaba como el principal autor intelectual de la eliminación de don Álvaro. En esta línea, Soto y Gama, sin rodeos, acusó al presidente de complicidad (Portes Gil, 1941: 30-31). Toda esta difícil situación se reflejaba fielmente en el PNA. Hacia fines de 1928, Rodrigo Gómez enfermó, por lo que Aurelio Manrique y Soto y Gama asumieron la dirección del partido. La nominación de Emilio Portes Gil como presidente sustituto, al principio fue del agrado de Soto y Gama y los suyos, pero cuando le pidieron que rompiera con Calles, Portes Gil se negó terminantemente a hacerlo. Disgustados, en el momento de realizarse en el Congreso la elección del nuevo presidente, Soto y Gama y Manrique prefirieron abandonar el recinto antes que votar por Portes Gil (Portes Gil, 1941: 53). Las cosas llegaron a un punto sin retorno:

Al negarnos uno y otro –Soto y Gama incluyó a Manrique– a ceder ante la presión de Calles, que pretendía desautorizáramos y [que] condenáramos la rebelión que contra él encabezaron el licenciado Gilberto Valenzuela, el general Gonzalo Escobar y otros jefes, fuimos objeto de la persecución callista, que culminó con la división del PNA a principios de 1929 (ASG, s.f.a: 3).

El 17 de enero de ese año tuvo lugar una sesión del partido en su local de la calle de Seminario, con motivo de la interpelación que Soto y Gama, Manrique, Lauro Caloca, Silvano Sotelo y otros querían hacer a los generales Leopoldo Reynoso Díaz y Andrés Castrejón por los compromisos que asumieron con Aarón Sáenz con miras a la constitución del PNR. Cuando Soto y Gama pidió la palabra, la presidencia de la mesa se la concedió a regañadientes, y en medio de una gritería ensordecedora pidió que se le enseñara el libro de registro de asistentes, lo que no le fue concedido. Entre los presentes se encontraba un diputado Robinson, agente de Morones, quien a todas luces encabezaba la porra de trabajadores del rastro, que se manifestaba cada vez con más violencia.

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

En esta amenazadora situación, un grupo formado por el mismo Soto y Gama, Manrique, Alfonso Cruz, Vicente Magdaleno, Lauro Caloca, Silvano Sotelo, Alfonso L. Nava, Felipe Santibáñez, Román Badillo, Octavio Paz e Ismael Velasco, decidió retirarse del local, oportunidad que fue aprovechada por la mesa directiva para expulsar a esos “traidores a la causa campesina, porque trataban de dividir a los agraristas en aras de sus ambiciones personales que habían sentido hacia el licenciado Gilberto Valenzuela” (*El Universal*, 1929: 1).

Con este incidente empezaba a extinguirse el que había sido uno de los partidos de clase más notables de la historia mexicana. Manrique y Soto y Gama, entre otros, conservaban su curul como diputados en la XXXIII Legislatura, pero pronto llegaría el desafuero de 51 diputados, entre los que se encontraban ellos, además de Hernán Laborde, Ricardo Topete y otros, acusados de ser “partidarios del licenciado don Gilberto Valenzuela, que fue candidato a la Presidencia de la República” (Mac Gregor, 1997: 173). Así terminaban ocho años de brillante carrera parlamentaria del líder de los agraristas. Para él, sin embargo, el PNA no había muerto. El nombre de su partido continuaría sonando en el largo camino que siguió, siempre en la oposición a los gobiernos constituidos, ya en la Confederación Revolucionaria de Partidos Independientes a mediados de los años treinta, o durante la campaña almazanista.

La desaparición física de Álvaro Obregón dejó en claro que la época del caudillismo había concluido y que ni Calles ni nadie estaba en condición de sustituirlo. Era necesario buscar una fórmula institucional que mantuviera la hegemonía revolucionaria —y la posición eminente del Jefe Máximo—, esbozada en su Informe presidencial del 1 de septiembre de 1928. En esta ocasión, Calles señaló:

... la necesidad que creemos definitiva y categórica, de pasar de un sistema más o menos velado, de “gobiernos de caudillos” a un más franco “régimen de instituciones”, me han decidido a declarar solemnemente y con tal claridad que mis palabras no se presten a suspicacias o interpretaciones, que no sólo no buscaré la prolongación de mi mandato aceptando una prórroga o una designación como presidente provisional, sino que ni en el periodo que siga al interinato, ni en ninguna otra ocasión, aspiraré a la Presidencia de mi país... (Mier y Riva Palacio, 1929: 19).

Era ya la hora de que México entrara “... al campo de las instituciones y de las leyes y el establecimiento para regular nuestra vida política de reales partidos nacionales orgánicos, con olvido e ignorancia de hoy en adelante de hombres necesarios como condición fatal y única para la vida del país” (Mier y Riva Palacio, 1929: 43). Anunció:

el respaldo unánime de todos los grupos revolucionarios, el de las masas proletarias del campo y de la ciudad [...] y el de todos los grupos intelectuales y clases privilegiadas de la familia mexicana, aun de quienes pueden sentirse enemigos de lo que ha creado la Revolución, porque el paso de México, de la condición de hombres únicos a la de pueblo de normas puras institucionales, significará no sólo la posibilidad cierta y garantía de paz material estable, sino seguridad de paz orgánica...

Sentenció con esta frase contundente: “... sobre toda voluntad gubernamental susceptible de interés o de pasión, rigen en México las instituciones y las leyes [...] este templo de la ley parecerá más augusto y ha de satisfacer mejor las necesidades nacionales, cuando estén en esos escaños representadas todas las tendencias y todos los intereses legítimos del país...” (Mier y Riva Palacio, 1929: 22).

La presencia de los partidos políticos nacidos y radicados en la capital de la república se traducían en la búsqueda de espacios en el Congreso, las gubernaturas de los estados, las presidencias municipales y los ayuntamientos de las poblaciones importantes, sobre todo de la ciudad de México. Por otro lado, como ya lo hemos visto, los partidos de los años veinte habían desaparecido, estaban debilitados o habían perdido la confianza de los hombres fuertes de la Revolución. Y desde luego lo ocurrido a los partidos les sucedió también a sus líderes, como fue el caso de Zubarán Capmany, Prieto Laurens, Soto y Gama o Morones. Tanto el PNA como el PLM resultaron gravemente afectados por la muerte de Obregón; para aquel, su favorito ya no existía, mientras que para este, su disputa con Obregón dejó al nuevo sistema político sin un partido grande en el cual apoyarse. Existía, por tanto, un vacío a ocuparse por los partidos locales y regionales, la mayor parte de las veces controlados por caciques. Los primeros, sin embargo, en su mayoría eran meros membretes para acceder a los puestos municipales o a los congresos de los Estados. Los partidos regionales, en cambio, contaban con una fuerza mayor —el Partido Socialista Fronterizo o el Partido Socialista del

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

Sureste, por mencionar algunos— así como con líderes conocidos a nivel nacional (Marcoux, 1994: 117-120).

El PLM no fue invitado a formar parte del PNR, hecho explicable a partir de que el presidente interino Portes Gil era enemigo de Morones, tal como lo señaló un importante miembro del Grupo Acción, de la CROM:

...el general Calles fundó el Partido Nacional Revolucionario, con el propósito de unificar a todos los revolucionarios del país, con exclusión de nuestro partido, ya que Calles nos ignoró al grado de que no nos llamó para opinar sobre el asunto ni para integrar el nuevo partido; propósito que hubiera resultado inútil, pues ningún grupo político obregonista hubiera aceptado nuestra participación, especialmente la de Morones y además se afirmó que el propio Calles no la deseaba (Treviño, 1974: 70).

Un acontecimiento ocurrido el 4 de diciembre dio el tono de las relaciones de Calles con Morones y compañía, y resultó, entre otras cosas, en la salida de este del Comité Organizador del PNR. Ese día el expresidente Calles se presentó a la asamblea de la IX Convención de la CROM como invitado especial. Para él, la ocasión representaba la oportunidad de renovar vínculos políticos con Morones, debilitados a causa de su salida del gabinete y de su ausencia en los planes para armar el partido oficial. Señaló que solamente asistía para “saludar a mis viejos amigos” y pronunció un virulento discurso contra el clero, en el que señaló que “ni las muecas de los sacristanes, ni los pujidos de las beatas, nos harán cambiar nuestras convicciones revolucionarias”, lo que provocó un estado de exaltación que “degeneró en algo incalificable”, como lo señaló Treviño:

Algunos de los miembros de la asamblea lanzaron un sonoro “muera Portes Gil” y los discursos se iniciaron contra el presidente provisional. Morones estaba feliz [...] ¿Era una manifestación espontánea? No, no en una asamblea de una convención de la CROM que se caracterizaba siempre por la disciplina de sus elementos directores, o ¿habíamos perdido el control de las delegaciones? La respuesta me la dio el mismo Morones; pidió la palabra y con la misma fiereza con que Calles atacó al clero, él, Morones, atacaba a Portes Gil (Treviño, 1974: 70-71).

La situación resultó muy comprometida para Calles, quien apenas pudo disimular su desazón, y optó por retirarse de la asamblea. Morones señaló al presidente Portes Gil como el responsable de los “ataques”

contra la CROM. Calles se dio cuenta demasiado tarde de que había sido utilizado por quien fue uno de sus hombres más cercanos, a quien defendía de ataques tales como su supuesta culpabilidad en la muerte del general Obregón y a quien todavía percibía –quizá equivocadamente– como un elemento político de valor para el futuro.

El PLM estaba herido de muerte desde la desaparición física del general Álvaro Obregón, y ni el mismo Jefe Máximo tuvo la capacidad o el deseo de revertir su destino, al parecer inevitable. Su exclusión oficial provocó que su cuerpo directivo, el Grupo Acción, buscase nuevas opciones, ante el virtual cese de su actividad política: Celestino Gasca se incorporó al ejército y organizó una granja para producir pollos y huevos; Ezequiel Salcedo montó una pequeña fábrica de tipos de imprenta; Eduardo Moneda volvió a su profesión de dibujante; Eulalio Martínez se reincorporó a su trabajo en la industria textil, y Ricardo Treviño entró a trabajar en la Compañía Industrial Palmolive (Treviño, 1974: 73). Morones, por su parte, contaba con recursos sobrados para sobrevivir y permaneció al frente de un partido convertido en fantasma, hasta las vísperas de la candidatura presidencial del general Lázaro Cárdenas. Cercenado su brazo político, la CROM, sin embargo, continuó viva gracias a que logró conservar una parte suficiente de sus agremiados.

Calles hizo un intento para que el PLM, ya un cadáver político, pudiera retomar el paso e integrarse al PNR, aunque fuera a destiempo. Próxima a celebrarse la convención del PNR para designar candidato presidencial, el Jefe Máximo llamó a Morones para invitarlo a que su partido apoyara a Lázaro Cárdenas. Fuera de forma –al parecer–, el líder obrero buscó sacar el mayor provecho posible a esta invitación, y en forma precipitada convocó al PLM a una convención, a fin de lanzar antes que el PNR la candidatura cardenista. En línea con su despropósito buscó al michoacano para ultimar los detalles de la postulación, pero no tuvo éxito. Todavía empecinado, esperó al día de la convención y lo buscó en su casa, pero al no encontrarlo, le dejó un recado “violento y hasta majadero”. De vuelta a la asamblea, cuando se disponía a hablar, intempestivamente se presentó el general Cárdenas, quien sin saludar a nadie se dirigió a la mesa directiva en los términos siguientes:

En vista del recado poco amistoso que recibí del Sr. Morones, vengo a esta asamblea para decirles que yo no tenía ni tengo ningún compromiso para acompañar aquí al Sr. Morones; sin embargo, quiero pedirles que me dispensen porque sé que ustedes me esperaban. He venido a saludarlos y

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

a agradecerles el respaldo que me han dado a mi precandidatura, que será discutida dentro de unos días en la convención de mi partido, el Nacional Revolucionario (Treviño, 1974: 85).

Morones había perdido la partida. Desde ese momento se eliminó cualquier posibilidad de que el PLM figurara como aliado del gobierno, y menos cuando el PNR, reorganizado en Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1938, durante la época del presidente Cárdenas, era la fuerza incontestable en el escenario político. Ante esta situación, Morones se jugó la última carta: alinearse con el general Calles en su choque con Cárdenas, a quien criticó por las políticas que llevaba a cabo. El resultado fue la expulsión de ambos del país, al lado de Melchor Ortega y el ingeniero Luis L. León, en 1935. En la campaña presidencial del general Juan Andreu Almazán y el Partido Revolucionario de Unificación Nacional (PRUN), volvieron a aparecer Morones y su agonizante PLM, brazo con brazo de sus antiguos antagonistas de los partidos semioficiales de los años veinte: Jorge Prieto Laurens y Soto y Gama, en una paradójica situación explicable a partir de la hegemonía de un partido oficial de enorme poderío. En esa campaña fue cuando se oyó hablar por última vez de los dos últimos partidos antes del PNR-PRM, el PLM y el PNA.

Palabras finales

Los partidos nacidos de los primeros regímenes revolucionarios, a la luz de su corta duración y de su avasallamiento por el Estado, cumplieron, sin embargo, un propósito legitimador de comunicación con la sociedad civil, en el marco de una democracia formal. En la práctica la situación fue distinta, ya que se encontraron en un contexto en el que privaba el autoritarismo del grupo triunfador en la Revolución mexicana. Sus alcances estuvieron determinados por la relación que sostuvieron con los presidentes Carranza, Obregón y Calles, lo que resultó en un inescapable cerco de hierro, ya que se vieron imposibilitados para obtener algún grado de independencia, ya no digamos para desafiar a sus antiguos protectores. Estos partidos semioficiales fueron manipulados a través de un sistema de equilibrio de poder consistente en mantenerlos enfrentados o favorecer coaliciones para formar contrapesos contra el discolo del momento.

El PLC sucumbió a los ataques combinados del caudillo y sus aliados; el PNC apostó todos sus activos al apoyo a la rebelión de 1923, y no volvió a levantar cabeza. El PNA fue víctima de la hostilidad de Plutarco

Elías Calles hasta llegar al rompimiento años después. El PLM se distanció de Obregón conforme llegaba el fin de su administración, siempre ligado a Calles. Partidos oficiales al fin, fueron los precursores del PNR, a cuya mesa inaugural no fueron invitados. Con la hegemonía de Calles, no tenía sentido su existencia, ya que la nueva institución –PNR, PRM y PRI– incluía nada más a quienes eran de su grupo o se sometían a él. Así empezaba un nuevo sistema político.

El sistema partidista de los años veinte exhibió las limitaciones propias del sistema político mexicano en su reconstrucción después de la prolongada lucha revolucionaria. El caudillo Obregón inicialmente favoreció la formación de partidos y luego inhibió su desarrollo, en la medida en que el régimen se consolidaba y exhibía con menos reticencias su carácter autoritario. Esta situación era resultado de un proceso de centralización del poder estatal cada vez más sólido y permanente, y frente a las circunstancias en las que no faltaron los desafíos al poder presidencial desde el interior y el exterior, los “grandes” partidos –semioficiales, como lo hemos señalado– tenían cada vez menos una razón de ser.

El proyecto de Calles de hacer realidad un partido de gobierno como brazo del Estado cayó en terreno fértil, ya que los recursos y las posibilidades de aquellos primeros partidos se habían agotado y el proceso de consolidación estatal estaba en marcha. Se dio el paso siguiente, la fundación del PNR, y su “ingeniería política” no hubiera sido posible sin el *tour de force* de la Revolución hecha gobierno durante esos años, sin la experiencia acumulada durante la operación y lucha entre ellos, y en su momento, frente al Estado. Huelga decir que personajes destacados en la época del maximato, *padres fundadores* del PNR, como José Manuel Puig Casauranc, Aarón Sáenz o el ingeniero Luis L. León –por mencionar algunos– se iniciaron y fogearon en las luchas partidarias, donde se prepararon para tareas de mayor envergadura en el futuro. Queda claro, entonces, que un ciclo concluyó y uno nuevo empezó con la fundación del PNR.

Bibliografía

- AGN/FOC: Archivo General de la Nación. Fondo Obregón-Calles
1923a “Comunicaciones de Portes Gil y Jorge Prieto Laurens”, vol. 15, exp. 408-S-7, leg. 1, anexo 2, 5 de agosto.
1923b “Elecciones en San Luis Potosí: memorándum para el C. presidente de la república”, vol. 150, exp. 408-S-7, leg. 1, anexo 2, 13 de agosto.

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

1923c “Mensajes recibidos del estado de San Luis Potosí en que se comunican los datos referentes a las elecciones verificadas el día de hoy (5 de agosto) en dicho estado”, comunicados por Emilio Portes Gil al presidente Álvaro Obregón, vol. 150, exp. 408-S-7, leg. I, anexo 3, 5 de agosto.

ASG: Archivo Familia Antonio Díaz Soto y Gama

1927 “Circular del Partido Nacional Agrarista”, 19 de marzo.

s.f.a Díaz Soto y Gama, Antonio, Carta autógrafa.

s.f.b “Un altercado en el Palacio Nacional”, recorte periodístico.

Avent, Glenn James

2004 “Representing Revolution: the Mexican Congress and the origins of the single-party rule, 1916-1934”, tesis presentada para obtener el grado de doctor en Filosofía, Tucson, Arizona, University of Arizona.

Capetillo, Alonso

1925 *La rebelión sin cabeza: génesis y desarrollo del movimiento delahuertista*, México, Imprenta Botas.

Castro, Pedro

1981 Entrevista a Jorge Prieto Laurens, ciudad de México, 24 de octubre.

Dulles, John W. F.

1977 *Ayer en México*, México, FCE.

El Combate, órgano del Partido Nacional Agrarista (Distrito Federal)

1923 “Manifiesto a los campesinos de México”, 10 de diciembre de 1923.

1924a “Candidatos que sostendrá el Partido Nacional Agrarista en las próximas elecciones”, 29 de junio.

1924b “Cooperación militar de campesinos y obreros”, 25 de enero.

1925a “Fracasarón (sic) las ambiciones moronistas: en el Congreso del Estado de México los campesinos acordaron sostener al general Álvaro Obregón”, 15 de noviembre.

1925b “Laboristas y agraristas marchan del brazo”, 6 de enero.

1926 “Gran descontento en los pueblos el desarme de los campesinos agraristas: abusos cometidos por los jefes de destacamento”, 26 de junio.

El Demócrata (Distrito Federal)

1923 “El Ejecutivo tiene dos cabezas o no tiene ninguna”, 1 de enero.

El Universal (Distrito Federal)

1923 “El Ejecutivo desconoce a los nuevos magistrados”, 9 de enero.

LOS PARTIDOS DE LA REVOLUCIÓN

- 1925 “Surgió inopinadamente el asunto de la reelección en el Congreso de Campesinos, celebrado ayer”, 19 de octubre.
1929 “Una borrascosa sesión del partido agrarista; los líderes Manrique y Soto y Gama, expulsados”, 18 de enero.
1942 “Verdades históricas y justicia revolucionaria: a la memoria de Ricardo Flores Magón”, 29 de noviembre.
1955 “Así lo refirió Díaz Soto y Gama, Antonio, Epílogo”, 29 de junio.

Fuentes Díaz, Vicente

- 1969 *Los partidos políticos en México*, México, Altiplano.

Hansis, Randall George

- 1971 “Álvaro Obregón, the Mexican revolution and the politics of consolidation, 1920-1924”, tesis presentada para obtener el grado de doctor en Filosofía de la Historia, Albuquerque, New Mexico, University of New Mexico.

INEHRM

- 1992a “Luis Napoleón Morones”, en *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. II, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
1992b “Partido Liberal Constitucionalista, PLC”, en *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, t. II, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

La Vanguardia del Sureste (Mérida, Yucatán)

- 1927 15 de junio.

Mac Gregor, Javier

- 1997 “Partidos, Congreso y elección en México, 1920-1930”, en Pablo Atilio Piccato, coord., *El Poder Legislativo en las décadas revolucionarias, 1908-1934*, México, Instituto de Investigaciones Legislativas-Miguel Ángel Porrúa (t. 3 del vol. 1: *Historia del Poder Legislativo*, de la Serie 1. Historia y desarrollo del Poder Legislativo, de la Enciclopedia Parlamentaria de México).

Marcoux, Carl Henry.

- 1994 “Plutarco Elías Calles and the Partido Nacional Revolucionario: Mexican national and regional politics in 1928 and regional politics in 1928 and 1929”, tesis presentada para obtener el grado de doctor en Filosofía de la Historia, California, University of California-Riverside.

PEDRO CASTRO MARTÍNEZ

Mier y Riva Palacio, Cosme

1929 *Historia de la Convención Nacional Revolucionaria. Constitución del PNR Sucesión presidencial de 1929*, México, s.p.i.

NAW: National Archives, Washington

1923 “Summerlin a secretario de Estado”, 812.00/26358, 12 de mayo.

Portes Gil, Emilio

1941 *Quince años de política mexicana*, México, Ediciones Botas.

Prieto Laurens, Jorge

1935 *Balance moral y político de la XX Legislatura: documentos para la historia*, México, Imprenta Franco Elizondo Hnos.

1968 *Cincuenta años de política mexicana: memorias políticas*, México, Editora Mexicana de Libros, Periódicos y Revistas, S. A.

s.f. “Memorias”, inéditas (en poder de Pedro Castro, autor de este artículo).

Rivera, Castro, José

1983 “Política agraria, organizaciones, luchas y resistencias campesinas entre 1920 y 1928”, en Enrique Montalvo, coord., *Historia de la cuestión agraria mexicana. 4, Modernización, lucha agraria y poder político (1920-1934)*, México, Siglo XXI Editores-Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México.

Taracena, Alfonso

1962 *La verdadera Revolución mexicana: novena etapa (1923 a 1924)*, México, Jus.

The World (Nueva York)

1928 “Mexico looks to Gama, head of agrarians”, 5 de agosto.

Treviño, Ricardo

1974 *Frente al ideal: mis memorias*, México, Ediciones de la Casa del Obrero Mundial.

Womack, John

1971 *Zapata y la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores.

Artículo recibido el 22 de noviembre de 2011
y aceptado el 29 de junio de 2012